

## CRITICA TEATRAL—

## "Comedia para Asesinos"

De todas las variantes de la literatura dramática la comedia policial es la más apegada al sostén del tema. A éste se supedita el desarrollo de la acción, el vivir de los personajes y el desemboque de las venillas de la trama. Una obra de tal especie si es buena tiene mucho de teorema matemático. Todas sus proposiciones conducen inexorablemente a la solución final. Ello, como es obvio, condiciona los episodios previos y los acomoda a un determinado desenlace.

El autor de "Comedia para asesinos", estrenada por el Teatro de Ensayo, es ingeniero. Se le conoce también como urdidor, con el seudónimo de James Ernhard, de excelentes novelas policiales. ¿No será lo segundo consecuencia de aquella circunstancia profesional? Es evidente que la especulación matemática y el roce con los problemas cuya solución se obtiene por razonamiento científico suponen una buena escuela para la literatura policial de Camilo Pérez de Arce.

En "El Cid" persiguió la exaltación de un personaje histórico deformado por la leyenda. En "Comedia para asesinos" su intento es menos ambicioso, pero más logrado desde el punto de vista escénico. Los hechos se anudan y forman la trama que interesa al espectador, el cual es llevado a un territorio teatral misterioso y expectante.

Esos hechos, en síntesis, son los sucedidos en el hogar neoyorquino de Melvyn Delorne. Delorne es un actor famoso, retirado de la escena. Vive con su sobrina Wanda y con Jack, un compañero de escena, más joven, que le sirve como "valet".

La vida de los Delorne es extraña. A ello no sólo contribuye la soledad y la psicología singular de estas gentes, sino el hecho de que Melvyn, Wanda y Jack representan en la casa escenas de las obras en las cuales el actor triunfó.

Se produce un crimen. Aparece un ladrón, Melvyn martiriza a Wanda... La obra está nutrida de sucesos fortuitos que se van encadenando como las piezas informes de un "puzzle".

La comedia no persigue valores literarios muy altos, ni se entretiene en el dibujo minucioso de caracteres señalados por la norma de lo humano. El lector sabe que esto está en las reglas del género.

Sin embargo hay algo que compensa esas ausencias. La novelística policíaca actual ha dado en crear criaturas artificiosas, extrañas y de psicología dirigida a lo insólito. Este Melvyn Delorne es un ser complejo en el que apuntan las reacciones de su naturaleza deformada por el recuerdo y la nostalgia de sus días triunfales. Wanda es un tipo de rica y contradictoria sustancia humana.

La trama se sostiene sobre una buena arquitectura escénica. Se producen momentos de tensa expectación, y la ensambladura de las circunstancias que permiten culpar a Claude del crimen se obtiene con rigor matemático y, a la vez, con aparente espontaneidad.

Con todo, la escena entre Wanda y Rosalind, en el cuadro primero del tercer acto, es forzada.

Acaso ciertos defectos provengan más de la interpretación y dirección que de la obra misma. Hay matices y sutilezas con los cuales se hace verosímil un suceso insólito. La llegada de Fergus, el chantagista, debió subrayarse con algo de sorpresa. Las observaciones del inspector sobre la culpabilidad del supuesto asesino, se repiten con exceso. Los policías, como sujetos de ficción, suelen ser estúpidos, pero no conviene recalcarlo demasiado.

Silvia Piñero, como Wanda, está excelente. Su doble personalidad adquiere un poder de convicción que llega al espectador. La fingida congoja, cuando descubren el cadáver o la escena en que quiere demostrar a Claude que es también capaz de mentir, son sus mejores momentos.

Justo Ugarte se mantiene en el plano discreto y encomiable habitual. Melvyn halla en él, el ser agobiado por un secreto dolor. Pero no logra la unidad psicológica y, sobre todo, no acentúa, a mi entender, el rasgo de "deformación profesional" que haría más humano al personaje. Piénsese que Melvyn Delorne vive obsesionado por volver a las tablas. En la escena final, Ugarte comprende esto, cuando hace mutis con el policía como si estuviera en el escenario de un teatro.

El resto de los actores actúa en un plano de inferior calidad. Mario Montilles, sin brillar, hace un inspector Dodge viable y verosímil. En cambio, a Carlos Beeche, como Claude, le falta testimoniar esa doble naturaleza que posee. Acentúa lo sentimental e ignora la dureza sustantiva de su condición. Claude —no se olvide— es un ladrón.

Completan el reparto, Mario Hugo Sepúlveda, Archibaldo Larenas, Marta Huneus y Rafael Benavente. Marta Huneus no comprende al personaje que interpreta.

La escenografía de Bernardo Trumper es una de las mejores del reputado artista. Esa casa neoyorquina, con sus revocados y sus tonos, anticipa lo que va a ocurrir.

La dirección de Eugenio Dittborn no es de las mejores que haya logrado. Acierta por momentos —no obstante— en forma muy teatral. La escena del comienzo, con la música de Haendel, logra un clima que predispone al espectador y la entrada de Claude, con la sorpresa suscitada por Delorne, en su papel de rey Lear, es todo un hallazgo. A veces, el desarrollo parece lento, pero, en general, Dittborn da a "Comedia para asesinos" el ritmo que le corresponde.